



FINJO QUE VIVIR AQUÍ
ES NORMAL

Conversación completa con el monstruo que vive bajo
la ciudad de Santo Domingo, "El Drenaje".

Colombia Alcántara

Lo vi por primera vez un martes, estaba lloviendo, pero no era una lluvia tranquila, era una de esas que te hacen sentir como si el cielo se fuera a caer completo y ahí estaba él... Parado en la esquina de la Duarte con París, alto, flaco, cubierto con una capa de lodo, seco y húmedo al mismo tiempo, tenía la piel agrietada, los ojos oscuros y hundidos, no parpadeaban, nadie lo miraba solo yo, era como si no existiera, pero estaba ahí.

Se me acercó y, sin abrir la boca, me dijo:

-Tú vives encima de mí.

No supe qué decirle, a mi alrededor, la ciudad seguía su rutina de caos: carros varados, agua hasta las rodillas, gente corriendo como si ya supiera que el cielo se iba a caer. Pero él estaba tranquilo, como si ese desastre fuera parte de su vida diaria.

-¿Quién eres? -le pregunté.

-Soy el drenaje, el que olvidaron, el que se traga la basura, el cemento mal hecho y lo escupe cuando ya no puede más.

Su aliento apestaba a años de cloaca, a promesas políticas rotas y a funditas de comida flotando en filtrantes tapados, me dieron náuseas, pero no por el olor, sino por lo que decía, porque era verdad.

Colombia Alcántara

-Yo no nací así -siguió-. Me hicieron a medias, me prometieron que me iban a cuidar, a modernizar, pero me dejaron solo, vivo tragándome lo que ustedes botan, atrapado en túneles viejos que ya no aguantan más. ¿Y sabes lo peor? Que cada vez que llueve me despiertan, no porque quieran, es porque no tienen de otra.

Tenía una herida en el pecho, de ahí salía un chorro negro, como agua sucia mezclada con tristeza; me pareció el mismo líquido que corre cuando colapsa una cañada, cuando alguien pierde su casa, cuando una niña es arrastrada por el agua frente a una cámara que graba más de lo que ayuda.

-¿Por qué estás aquí? -le pregunté, mientras el semáforo parpadeaba entre los charcos.

-Porque ustedes me crearon y hasta que no me enfrenten voy a seguir creciendo.

El monstruo no siempre estuvo aquí.

No salió de un pantano, ni cayó del cielo.

Lo trajeron.

Lo criaron con planos mal hechos, lo alimentaron con contratos inflados y lo dejaron crecer solo, en la oscuridad. No tiene madre, pero sí muchos padres: ingenieros sin conciencia, políticos sin memoria, gobiernos que firmaron su existencia y luego se olvidaron de él.

Una noche, antes de que empezaran las lluvias, me lo contó.

Estábamos bajo una losa rota encima de una cañada, un sitio por donde nadie debería pasar, pero, a veces, los caminos más podridos llevan a la verdad.

Colombia Alcántara

–Yo llegué con la modernidad –me dijo, removiendo una funda de supermercado que flotaba como un cadáver hinchado–. En los 90 me prometieron que iba a ser parte del desarrollo, me abrieron con retroexcavadoras, hablaron de tuberías nuevas, de respiraderos, de mantenimiento... Pero solo me hicieron por pedazos, me construyeron para que se viera bonito, no para durar.

Me enseñó una cicatriz: un túnel que debía conectarse con otro, pero que se acababa en seco, como una promesa rota.

Lo seguí y entendí: la ciudad creció hacia arriba y hacia los lados, pero nunca hacia abajo.

Lo que no se ve, no importa.

Y él... era lo que no se ve.

–Me dejaban enterrado mientras asfaltaban las calles, luego venían las lluvias fuertes y se acordaban de mí, mandaban cámaras, daban declaraciones, prometían planes, pero nadie bajaba aquí, donde yo vivo.

Con sus dedos largos, ennegrecidos, escarbaba la tierra, como buscando algo de dignidad entre tuberías oxidadas, me enseñó otra herida: una parte del drenaje pluvial tapada por los escombros de una construcción ilegal, el agua ahí no corría, se quedaba estancada, olía mal, como su historia.

Lo vi de nuevo después de varias semanas sin lluvia.

Estaba más callado, no dormía –nunca duerme– pero su respiración era más lenta.

Colombia Alcántara

Tenía los ojos hundidos y parecía más pequeño, no rugía.

–¿Te estás muriendo? – le pregunté.

–No –me dijo con una cara cansada– estoy esperando que alguien me vea como algo más que un problema.

Estaba sentado en un murito sucio, en un barrio que hace rato no sale en los mapas. Desde ahí se veían techos de zinc, tuberías rotas, filtrantes tapados con basura y bloques mal puestos.

–Yo no quiero ahogar a nadie, no nací para destruir. Fui creado para cuidar esta ciudad desde abajo, pero si me tapan la garganta, si me dan comida podrida, si nunca me curan las heridas... ¿qué esperaban que hiciera?

Me quedé en silencio, porque entendí. El monstruo no necesita ser eliminado. Necesita ser tratado.

Y entonces lo imaginé distinto.

Lo vi con tuberías nuevas, bien conectadas, pensadas con lógica y no con apuro.

Lo vi con ingenieros bajando cada mes, no solo cuando hay cámaras.

Lo vi con campañas enseñando a los niños que tirar basura al suelo es alimentar a la bestia.

Lo vi respirando.

Lo vi siendo parte del futuro. –¿Qué necesitas para sanar? – le pregunté, con un nudo en la garganta.

Colombia Alcántara

Me miró y por primera vez no parecía sucio, parecía humano.

-Voluntad política, presupuesto de verdad, supervisión, educación y que dejen de prometerme cosas y empiecen a cuidarme. Era simple, brutalmente simple.

No se trata de matar al monstruo, se trata de devolverle su dignidad, porque debajo de cada ciudad hay un sistema que nadie quiere mirar y Santo Domingo lleva años mirando hacia otro lado.

Mientras lo escuchaba, volvió a llover...

